

Declaración del cardenal Blase J. Cupich, arzobispo de Chicago, sobre la acogida de la ciudad a los migrantes que llegan en autobuses desde Texas

2 de septiembre de 2022

El miércoles por la noche, Chicago recibió dos autobuses cargados de migrantes, incluidos solicitantes de asilo, enviados desde Texas en autobuses fletados por el gobernador Gregory Abbott. Durante semanas, el gobernador de Texas ha estado enviando a mujeres, hombres y niños migrantes —incluidos bebés— a Washington, D.C., y a la ciudad de Nueva York, supuestamente en protesta por las políticas de inmigración del presidente Joseph Biden. Tratar a los hijos de Dios como peones políticos es impropio de cualquier funcionario electo, especialmente cuando se trata de personas marginadas y que sufren. La Arquidiócesis de Chicago se une a los líderes municipales y religiosos locales que se han comprometido a apoyar a estos recién llegados que buscan una vida mejor y más segura. Aunque es innegable que la carga de apoyar a los inmigrantes ha recaído de forma desproporcionada en los estados fronterizos, la cuestión se abordaría mejor con una estrategia de cooperación nacional.

Acoger al extranjero, incluido el inmigrante, es un imperativo moral fundamental del cristianismo. “Nadie debe ser excluido”, como dijo el papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado de este año. “El proyecto de Dios es esencialmente inclusivo y sitúa en el centro a los habitantes de las periferias existenciales”, continuó el Santo Padre. Entre ellos hay muchos migrantes y refugiados, desplazados y víctimas de la trata. Es *con ellos* que Dios quiere edificar su Reino, porque sin ellos no sería el Reino que Dios quiere”. Construir el futuro con los migrantes y los refugiados, subrayó el Papa, significa reconocer los talentos que traen de sus países de origen. Ellos enriquecen nuestras comunidades con estos dones.

Esta es nuestra historia como nación de inmigrantes, la razón por la que muchos de los que llegaron a nuestras costas fueron recibidos con “Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad el desamparado desecho de vuestras rebosantes playas. Enviadme a estos, los desamparados, los tentados; yo alzo mi lámpara junto a la puerta de oro”.

Los cristianos estamos llamados a acoger al extranjero, al migrante, al refugiado, porque también ellos son hijos de Dios, todos nosotros miembros de la misma familia, la familia humana. Al fin y al cabo, el propio Jesús fue un refugiado, ya que María y José se vieron obligados a huir de su tierra natal porque se había vuelto demasiado peligrosa. Cuando los cristianos elegimos ayudar a nuestros hermanos inmigrantes, estamos haciendo lo que Jesús enseñó: estamos eligiendo ver en ellos a la Sagrada Familia, que sólo quería vivir. Elegimos la vida.

Así pues, a todos los inmigrantes y refugiados, tanto a los que han llegado recientemente como a los que han hecho su vida aquí, enriqueciendo a sus comunidades y, de hecho, a toda la nación, les damos la bienvenida, junto con la oportunidad de mostrarles cómo la familia de Dios cuida de los suyos.

